

EL TIEMPO Y LA POESÍA

Quiero traer a esta mesa y a esta reunión un asunto. Me refiero al problema, al tema, a la pregunta por el tiempo. Está claro que uno de los mayores, si no el mayor misterio, es el tiempo. Y, dentro de todo lo que genera la pregunta por el tiempo, muchos autores se han preguntado por el presente. La obra que hoy presentamos reúne los libros ya publicados en papel e incluye un libro inédito hasta ahora, que se titula, precisamente «Puro presente». Me quiero detener, quiero parar el tiempo precisamente aquí, en el presente. Es muy difícil atrapar el tiempo, condensarlo, recordarlo. Todo el tiempo lo intentamos y fracasamos. No voy a aludir a la ciencia ni a la ciencia ficción ni a las religiones porque quiero enfocarme en lo contingente y no en la indagación de lo trascendente. Es decir, no me estoy preguntando de dónde venimos ni a dónde vamos sino qué hacemos mientras estamos aquí. O, en todo caso, intento poner entre paréntesis las grandes preguntas para enfocar una quizá más modesta pero no menos misteriosa.

Toda la literatura, entonces, entiendo, es una respuesta y una pregunta y un despliegue a partir y por el tiempo. Y el asunto del presente, de estar presente aquí y ahora, atraviesa toda literatura y posiblemente todo el arte y toda ciencia y toda razón de ser. Ser conscientes del momento en que estamos, de estos minutos, de estas semanas, de estos meses, de estos años, de esto que somos aquí y ahora. Es mucho trabajo tomar conciencia de esto y por eso, pienso, es imprescindible compartir estas ocupaciones, estos pensamientos.

Los textos de «Puro presente» son apenas un intento de registrar con palabras ciertos instantes, de capturarlos, de descubrir y describir eso que los alemanes llaman *Erlebnis*, y que puede traducirse como vivencia, experiencia. Y esta palabrita, vivencia, experiencia, no se comprende sin el sentido del tiempo. De modo que llego ahora a una concepción de la poesía como registro de una experiencia, como despliegue en palabras, y las palabras se dan una tras otra, en una línea temporal inexorable. Es imposible o muy difícil sustraerse, entonces, al tiempo, a la sucesión. Y, lo sabemos: tarde o temprano, el tiempo se nos termina.

Por eso cierta poesía nos asombra, nos conmueve, nos toca cuando logra hacernos revivir o vivir por primera vez algo, un momento determinado que, por su potencia, su significado, su llegada a nuestra inteligencia, a nuestra sensibilidad, a nuestro cuerpo y a nuestra alma, se transforma, entonces, en una experiencia pura, en el sentido de clara, distinguible de otras experiencias de otro orden. La poesía, entonces, como pura experiencia, como puro presente, por un lado. Y, por otro, la poesía como intento de recuperación de lo vivido, como instrumento de memoria. Pero no pensemos el término «puro» o «pureza» en relación con lo que no está contaminado, y mucho menos a ese otro tan peligroso relacionado con la pureza de origen, de la raza, la pureza moral, etc. Más bien, quiero pensar lo puro como lo que tiene bordes definidos, nítidos, que se nos presenta como una suerte de experiencia evidente y, por eso, también comunicable. Tiene relación con lo que Roberto Juarroz, entre otros, llamó «intensidad». Otros lo viven como un momento de conexión espiritual o vital con eso que llamamos mundo o vida, una iluminación, una revelación. Otros, como un trabajo arduo de recuperación del pasado.

Concluyo con una frase de la gran obra dedicada al tiempo, *En búsqueda del tiempo perdido*, de Marcel Proust, en la traducción de Pedro Salinas: “Era esa noción del tiempo incorporado, de los años pasados no separados de nosotros, lo que ahora tenía la intención de poner tan vigorosamente de relieve en mi obra”.

Juan López
oct. 2023